

II.

Las cadenas de flores vuelven á enlazar.

Bajaba un día Esther por la Avenida de los Campos Elíseos, llevando en su elegante *landau* á una mujer del gran mundo en otros tiempos, y á la sazón del mundo galante.

La Comedianta era quien honraba á su compañera, si antes mujer de la alta sociedad, ahora caída, porque las comediantas no caen nunca más que en el teatro. Por otra parte, Esther seguía aumentando siempre en genio y en renombre.

Un hombre joven todavía, pues no llegaría á los cuarenta años, aire marcial, de correcta figura y burlona sonrisa, vestido á la moda anglo-francesa, se paseaba en sentido inverso bajo los árboles, acompañado de un amigo, á quien agradaba mucho fumar un londres en su compañía, hablando de todas las miserias de este mundo.

Aquellos jóvenes filósofos habían disfrutado bastante de la vida, lo cual no era obstáculo para

que quisieran disfrutar mucho más. Tenían buenos dientes, y podían morder largo tiempo en su fortuna, que era una fortuna de contratista general, de manera que no les faltaba ni dinero, ni talento, ni mujeres. Pertenecían á los mejores casinos, y dirigían un poco la opinión en todo París; en una palabra: eran dos hombres á la moda; pero no á la moda de los peluqueros.

Como era natural, no dejaron de fijarse en Esther y su amiga.

—No saludemos,—dijo M. de La Marche, que era uno de los dos paseantes.

—¿Por qué?—preguntó el otro.

—Es una antigua historia.

—¡Pardiez! Ya conozco tu historia.

En aquel momento se detuvo el *landau*: M. de La Marche tuvo como un presentimiento de lo que iba á pasar.

—Vamos (dijo), la tempestad se acerca.

Pero aunque quería parecer escéptico, su corazón latió con más fuerza.

Esther se había bajado del carruaje, saltando al suelo con una gracia que recordaba sus veinte años. En cinco segundos se encontró delante de M. de La Marche.

El amigo, como hombre bien educado, saludó y se alejó, para decir algunas palabras á la señora que había quedado en el *landau*.

—Soy yo,—dijo Esther, no sabiendo si debía

tender la mano á aquel hombre terrible, que durante trece años no le había dirigido ni un saludo, ni siquiera una mirada.

Él, por su parte, la temía: temía volver á sentirse dominado por su encanto.

—Pero, señora (contestó), no la conozco á V.

Estas palabras estaban en contradicción con su rostro, porque sus ojos se habían animado dulcemente, y su boca contenía con trabajo la sonrisa de otros tiempos felices.

—¡Ah!: no me conoce V. ¡Pues bien, caballero!: voy á hablar á V. como las cocineras: ¿quiere V. hacer conocimiento conmigo?

—Con todo mi corazón, señora; pero ¿me dirá V. al menos á quién tengo el honor de hablar?

—Ya sé, caballero, que no va V. al teatro: yo soy la señorita Esther, de la Comedia Francesa.... me engaño.... de las Locuras Dramáticas.

—¿De verdad?

Y M. de La Marche saludó profundamente.

—Señora (añadió), todo el mundo me ha hablado de V. como de un prodigio de belleza y de ingenio; pero yo soy de aquellos que no miran al sol de frente; continúe V. el curso de su carrera, admirada por los Príncipes; yo no soy más que un simple mortal, indigno de figurar en la corte de V.

Esther continuó la comedia: ¡le gustaban tanto los caminos desconocidos!

—Tal como es V., caballero, me considero muy dichosa de poder tomar su brazo. ¡Pasearemos bajo estos árboles!

—¡Muy bien! Estos grandes árboles están plantados por el duque d'Antin: un Príncipe también de sangre real; bajo su sombra puede V. casi creer que está en su casa.

Era una alusión al que había destronado á M. de La Marche.

—Dígame V.: ¿por qué no ha ido V. á verme á la Comedia Francesa?

—¡Oh! ¡oh! es toda una historia. Hay gentes que dicen que tengo carácter: yo digo que soy un testarudo. He jurado no enamorarme de V., como les pasa á todos. Vea V.: sin ir más lejos, el que se paseaba conmigo y está hablando con la amiga de V., es uno de sus adoradores.

Esther sonrió.

—Todo lo que puedo hacer por un amigo de V., es cederle mi amiga.

El compañero de M. de La Marche se apoyaba en la portezuela del *landau* para pasar el tiempo.

—Si V. quiere (añadió Esther), les ofreceré mi carruaje, y V. me acompañará á pié hasta mi casa.

—¡Oh! ¡oh! Es una gran empresa acompañarla á V. á su casa.

—Si prefiere V. mejor conducirme á la suya,

tendré mucho gusto en ello. Me han dicho que tiene V. la más hermosa biblioteca del mundo.

—Adulación; me han gustado siempre las cosas raras; pero hay bibliófilos más ricos que yo.

—¡Qué hermosos son los buenos libros!

Esther se interrumpió para llamar á su lacayo.

—Di á la señora Condesa (le dijo) que mi carruaje está á sus órdenes, pues yo pienso volver á pié.

En cuanto el lacayo transmitió aquellas palabras, el amigo de M. de La Marche subió al *landau* para acompañar á la Condesa.

M. de La Marche se preguntaba si no flaquearía su voluntad, pues se creía muy resuelto á no volver con aquella caprichosa.

—¡Qué hermosos son los buenos libros!—repite Esther.

—Sí, las primeras ediciones,—contestó él.

La Comedianta levantó la cabeza, como si la hubiera herido en sus esperanzas.

—Me parece, caballero, que no tiene V. por qué quejarse. ¿Ha olvidado V. acaso á la que le entregó su primera edición?

El golpe iba derecho; pero mientras más se iban apoderando de él los recuerdos, más se resistía M. de La Marche.

—¿No le parece á V. (continuó Esther) que las mujeres que aman son todavía más raras que las ediciones primeras?

—Sí; pero para mí el ser amado uno, no es la verdadera cuestión. ¡Amar! He aquí el mirlo blanco de la felicidad; pero mirándolo bien, quiero mejor mis libros: los libros siempre nos entretienen y siempre nos consuelan.

—¡Pues bien! Enséñeme V. los suyos; me consideraré muy dichosa encontrando las ediciones originales de mis queridos autores: Racine, Corneille y Molière.

El bibliófilo se enterneció quizás más que el antiguo amante.

—¿En dónde come V. hoy?

—En mi casa.

—¿Acompañado?

—Sí y no.

—¿Quiere V. comer conmigo?

—¡Representa V., Fedra!

—¡Ah! ¡ah! Ya es V. mío. ¿Ve V. cómo vuelve los ojos hacia el teatro?

—Es por el aire. Hoy se respiran los furores de Fedra.

—Está dicho: comeremos en casa de V.

—No, en la de V.

M. de La Marche temía abrir su puerta á aquella adorable criatura, contra la que no se sentía muy fuerte.

Esther consideró que la comedia se había prolongado ya bastante.

—Mi querido amigo (le dijo), dudo bastante

que hayas encontrado muchas mujeres con esos modales que tienes.

—No creo que tengan nada de particular; al verte he temblado, porque vivo con la tranquilidad de los hombres que han abjurado de todos sus errores.... Y siento que tú vas á realizar una revolución en mi existencia.... ¡Si llegara á amarte!

Esther se apoyó más dulcemente, con más abandono, en el brazo de M. de La Marche.

—¿Acaso no me amas siempre?

—¡Oh!: mucho decir es eso.

—Hay termómetros que no se equivocan.

Se habían internado por un sitio frondoso y solitario. Esther continuó con un encanto irresistible:

—Abrázame.

Y como una culebra se alzó hasta los labios de M. de La Marche, pues aunque era muy alta, la llevaba la mitad de la cabeza.

El antiguo amante no había sentido aún apoyarse sobre su pecho á su antigua querida, cuando ya las llamas de la pasión ardían en su corazón.

—Escucha (le dijo); puesto que el destino nos ha arrojado al uno en brazos del otro, nos amaremos durante ocho días; ni uno más, ni uno menos.

Esther retrocedió un paso, tomando una trágica expresión.

—¿Ha expresado V. su verdadero pensamiento al decir eso?

—Completamente.

—¿Es el corazón ó la cabeza de V. quien habla?

—¡Mi cabeza!

—¡Entonces, caballero, adiós!

—¡Pues bien, señora ; adiós!

III.

Por qué cuenta uno la historia de su corazón.

Esther se alejó con la frente erguida, pero con el corazón herido.

Llegó á la Avenida, se metió en un coche de alquiler, y se hizo conducir á su casa.

Por la noche esperaba ver á M. de La Marche durante la representación; pero éste no fué. Su amiga la Condesa entró en el cuarto.

—Y él, ¿dónde está?—le preguntó ésta.

—He perdido mi Hipólito.

—¿Es que tiene alguna Aricia?

—No; es que tiene un capricho.

—¡Bueno! No hablemos más de eso.

—Al contrario, hablemos.

Esther había vuelto á reanudar de tal modo el presente con el pasado, que se imaginaba estar en la época más encantadora de su vida. Quiso que la Condesa cenara con ella sola, para referirle aquella antigua historia.

La invitaron á cenar aquella noche; pero Esther fué inflexible.